

El camino de los Madigan

ANNE ENRIGHT

Nuevos Tiempos Siruela



Edición en formato digital: agosto de 2016

Este libro ha sido publicado con la ayuda de Literature Ireland.



Título original: *The Green Road*

En cubierta: fotografía de Annie Spratt, en *unsplash.com*

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Anne Enright, 2015

© De la traducción, María Porras Sánchez

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-16854-36-3

Conversión a formato digital: María Beloso

Para Nicky Grene

PRIMERA PARTE

LA PARTIDA

Hanna

Ardeevin, condado de Clare
1980

Al rato, después de que Hanna preparara unas tostadas con queso, su madre regresó a la cocina y llenó una bolsa de agua caliente con la tetera grande que había en el fogón.

—Hazme el favor y ve a la tienda de tu tío —le pidió—. Trae analgésicos.

—¿Sí?

—Tengo la cabeza embotada —dijo—. Y pídele amoxicilina también. ¿Quieres que te deletree la palabra? Estoy incubando una gripe.

—Vale —respondió Hanna.

—Seguro que te acuerdas sola —añadió, mimosa, llevándose la bolsa de agua caliente al pecho—. Ya verás.

La familia Madigan vivía en una casa que tenía un riachuelo en el jardín y el nombre en la verja: «Ardeevin». A pie no quedaba lejos del pueblo, más allá del puente de arco y el taller mecánico.

Hanna pasó junto a los dos surtidores de gasolina que montaban guardia a la entrada del taller, que tenía las puertas abiertas de par en par. Pat Doran debía de andar dentro, leyendo el periódico o trasteando en los bajos

de algún coche. Junto al cartel oscilante de lubricantes Castrol, había un barril de aceite con un arbolito seco que Pat Doran había ataviado con un par de pantalones viejos y dos zapatos que asomaban de entre las ramas, como si fuera un hombre que agitara las piernas desesperadamente tras haber caído en el bidón. Era de lo más realista. Su madre decía que estaba demasiado cerca del puente, que algún día provocaría un accidente, pero Hanna lo adoraba. Y le caía bien Pat Doran, a quien supuestamente debían evitar. Les llevaba a pasear en coches rápidos y cruzaban el puente a toda velocidad, como un rayo.

Después del taller de Doran venía una fila de casitas adosadas. Cada ventana exhibía su correspondiente decoración y sus cortinas o persianas características: un barco velero hecho de asta pulida, una sopera llena de flores de plástico, un gato de fieltro rosa. A Hanna le gustaban todas por igual, de la misma manera que le gustaba que el orden se repitiera al pasar. En la esquina de Main Street estaba la consulta del médico y en el pequeño vestíbulo había un cuadro hecho a base de clavos y alambre. La composición se retorció sobre sí misma, a Hanna le encantaba que pareciera móvil e inerte al mismo tiempo, resultaba científico. A continuación aparecían las tiendas: la mercería, con un gran escaparate forrado con celofán amarillo, la carnicería, con las bandejas de carne ribeteadas de hierba de plástico manchada de sangre y, después de la carnicería, el negocio de su tío, que antes perteneció a su abuelo: la Farmacia Considerine.

En lo alto del escaparate había una tira de plástico donde se leía «Película Kodachrome a color» y, en el centro y en negrita, «Carretes Kodak». En el extremo volvían a repetirse las palabras «Película Kodachrome a co-

lor». En el escaparate habían colocado unos anaqueles de color crema donde exhibían unas cajas de cartón descoloridas por el sol. «Ideal para el niño estreñado», reza un cartel en letras rojas de lo más modernas, «Senokot, la elección idónea contra el estreñimiento».

Hanna empujó la puerta e hizo sonar la campanilla. La niña levantó la vista para mirarla: el mecanismo en espiral estaba cubierto de polvo pero la campanilla se limpiaba sola cada vez que sonaba.

—Pasa —dijo el tío Bart—. O entras o sales.

Y Hanna entró. Bart estaba solo en el mostrador mientras una mujer con una bata blanca trajinaba en la trastienda, donde Hanna tenía vetado el acceso. Antes de conseguir un trabajo en Dublín, Constance, la hermana de Hanna, atendía el mostrador. Ahora andaban cortos de personal, cosa que irritaba soberanamente a su tío, como demostraba la miradita que le lanzó a Hanna.

—¿Qué es lo que quiere ahora? —preguntó.

—Mmm. No me acuerdo —dijo Hanna—. Algo para el pecho. Y analgésicos.

Bart le guiñó el ojo. Lo hacía de tal manera que el resto de la cara no se movía. Era difícil probar que hubiera hecho guiño alguno.

—Coge una pastilla de regaliz.

—Prefiero uno de estos —contestó Hanna. Hurgó en una latita de caramelos de violeta que había delante de la caja registradora y luego se sentó en la silla con ruedas.

—Analgésicos —repitió él.

Su tío Bart era atractivo, como su madre, ambos habían heredado los huesos largos de los Considine. Cuando Hanna era pequeña, estaba soltero y era un rompecorazones, pero ahora se había casado con una mujer que ni siquiera pisaba la farmacia. A él le enorgullecía su

actitud, aseguraba Constance. Ahí le tenías, pagando a dependientas y ayudantes, mientras su mujer tenía prohibido el paso por si se le ocurría reírse del estreñimiento crónico del sacerdote. Bart tenía una esposa completamente inútil. No había tenido hijos pero sí poseía una preciosa colección de zapatos de todos los colores, cada uno con su bolso a juego. A juzgar por cómo la miraba Bart, Hanna habría asegurado que la odiaba, pero su hermana Constance le había contado que ella tomaba la píldora porque, al ser farmacéuticos, eran de los pocos que tenían acceso a ella. Afirmaba que lo hacían dos veces todas las noches.

—¿Cómo están todos? —se interesó Bart mientras abría una caja de analgésicos Solpadeine y sacaba el contenido.

—Bien —dijo ella.

Tanteó el mostrador como si buscara algo y preguntó:

—¿Tienes tú las tijeras, Mary?

En medio del establecimiento había un nuevo expositor que contenía perfumes, champús y acondicionadores. En las baldas de abajo había otros artículos y Hanna se dio cuenta de que había estado mirándolos fijamente cuando su tío salió de la trastienda con las tijeras. No se dignó a darse por aludido, ni siquiera pestañeó.

Luego cortó el blíster por la mitad.

—Dale esto —le dijo, entregándole solo cuatro pastillas—. Dile que lo del pecho otra vez será.

Sería alguna clase de chiste.

—Lo haré.

Hanna sabía que era el momento de marcharse, pero la distrajeran las nuevas baldas. Eran frascos de colonia 4711 y espuma de baño marca Imperial Leather en cajas de cartón granate y crema. Había un par de frascos de perfume Tweed y otros que le resultaron nuevos.

«Tramp», se leía en una etiqueta, con un trazo limpio en lugar del palito de la te. En la balda intermedia los champús no trataban la caspa, sino que evocaban escenas soleadas y melenas al viento: Silvikrin, Sunsilk, Clairol Herbal Essences. En el anaquel inferior vio unos esponjosos paquetes de plástico que identificó como algodones. Cogió Cachet de Prince Matchabelli, un frasco oblongo y enroscado, y aspiró justo donde el tapón se encontraba con el cristal frío.

Notó que su tío la miraba fijamente con cierta pena. Aunque quizá fuera con placer.

—Bart —le dijo—. ¿Crees que mamá está bien?

—Oh, Dios santo —exclamó Bart—. Pero ¿qué estás diciendo?

La madre de Hanna estaba acostada. Llevaba en cama casi dos semanas. No se había vestido sola ni tampoco peinado desde el Domingo de Ramos, hacía una semana, cuando Dan les contó que quería ordenarse sacerdote.

Dan estudiaba primero de carrera en Galway. Le permitirían finalizarla, les contó, pero lo haría desde el seminario. Así, en dos años habría terminado la universidad y en siete sería ordenado sacerdote. Después le enviarían a las misiones. La decisión estaba tomada. Se lo anunció cuando regresó a casa para las vacaciones de Semana Santa y su madre subió al piso de arriba y ya no bajó. Aseguraba que le dolía el codo. Dan dijo que se marcharía después de empaquetar sus escasas pertenencias.

—Vete de tiendas —le decía a Hanna su padre.

Pero no le daba dinero y ella no quería comprar nada. Además, temía que pudiera pasar algo si se marchaba, que se liarían a gritos. Dan no estaría cuando regresara. Nunca volverían a pronunciar su nombre.

Pero Dan no se marchó, ni siquiera a dar un paseo. Se quedó en casa, sentado en un silla, luego en otra, evitando la cocina, aceptando o rechazando un té. Hanna le llevaba de vez en cuando una taza a su habitación con algo de comer en el platillo. A veces le daba un bocado y Hanna se lo terminaba de regreso a la cocina. Al roer la corteza de pan duro sentía un aprecio renovado por su hermano, allí enclaustrado.

Dan era tan infeliz. Hanna solo tenía doce años y le resultaba horrible ver a su hermano recluido, esforzándose por encontrar sentido a sus creencias. Cuando Dan estaba aún en el instituto, solía leerle los poemas de su clase de literatura inglesa, luego hablaban sobre ellos y sobre infinidad de cosas. Su madre también lo diría más tarde. Diría: «Yo le contaba cosas que no le contaba a nadie más». Estas palabras le sonarían a broma a Hanna, porque su madre no se callaba casi nada. No se podía decir que les ahorrara nada a sus hijos.

Hanna culpaba al papa. Había estado de visita en Irlanda justo antes de que Dan se marchara a la universidad y era como si lo hubiera hecho adrede, puesto que la misa de la juventud se celebró en Galway, en el hipódromo de Ballybrit. Hanna asistió a otra misa en Limerick que se celebró en mitad del campo, se pasó seis horas de pie con sus padres, pero a su hermano Emmet le dejaron ir a Galway también, aunque solo tenía catorce años y se suponía que tenía que tener dieciséis para asistir a aquella misa. Se marchó en un minibús fletado por la iglesia del pueblo. El cura se llevó un banjo y, al volver, Emmet sabía fumar. No distinguió a Dan entre la multitud. Les contó que vio a dos personas manteniendo relaciones sexuales en un saco de dormir, pero eso fue la noche anterior, tras acampar en unos terrenos; no supo decirles a sus padres dónde exactamente.

—¿Dónde dices que estabais? —preguntó el padre.

—No lo sé —dijo Emmet.

No mencionó lo del sexo.

—¿Era un colegio? —insistió la madre.

—Eso creo —respondió Emmet.

—¿Más allá de Oranmore?

Durmieron en tiendas, o al menos lo intentaron, puesto que a las cuatro de la mañana tuvieron que levantar el campamento y se dirigieron al hipódromo en la más absoluta oscuridad. La gente caminaba en silencio. Era como el fin de una guerra, dijo Emmet, era difícil de explicar: el sonido de las pisadas, el resplandor de la brasa de un cigarrillo que iluminaba por un instante el rostro de alguien. Estaban haciendo historia, les dijo el sacerdote, y cuando amaneció, vio a hombres con brazaletes amarillos vestidos con trajes de domingo bajo los árboles. Y, según Emmet, eso fue todo. Cantaron «By the Rivers of Babylon» y regresó afónico y con la ropa más sucia que su madre había visto jamás. Tanto que tuvo que lavarla dos veces

—¿Estaban en la carretera de Athenry? —preguntó su padre—. ¿Los terrenos?

Para la familia Madigan, la ubicación de los terrenos a las afueras de Galway se convirtió en un misterio sin resolver. Qué le había ocurrido a Dan después de marcharse a la universidad era otro misterio. Regresó por Navidades y discutió con la abuela sobre la necesidad de tomar precauciones. Esta estaba completamente a favor de tomarlas, lo cual era muy gracioso según su hermana Constance, porque «precauciones» era lo mismo que decir condones. Más tarde, después de flambear el pudín, Dan se cruzó con Hanna en el pasillo y la abrazó mientras le decía: «Sálvame, Hanna. Sálvame de esta gente espantosa». Y la estrechó muy fuerte.

El día de Año Nuevo, un sacerdote acudió a la casa y Hanna lo vio sentado en la sala de estar con sus padres. El pelo del sacerdote aún tenía la marca del peine, como si lo tuviera húmedo, y su abrigo, colgado bajo la escalera, era suave, muy negro.

Después de aquello, Dan regresó a Galway y no pasó nada más hasta las vacaciones de Semana Santa, cuando anunció que quería ser sacerdote. Lo anunció a bombo y platillo durante la comida del domingo, que era cuando los Madigan engalanaban la mesa sin excepción con un mantel de tela y servilletas en condiciones. Ese domingo, que era Domingo de Ramos, comerían col en salsa blanca con beicon y zanahorias: verde, blanco y naranja, como la bandera irlandesa. Había un vasito con perejil sobre el mantel y la sombra del agua temblaba al sol. Su padre unió sus enormes manos y dio gracias. Después se hizo el silencio, aparte del sonido que hacían al masticar, evidentemente, y del que hacía su padre al carraspear más o menos a cada minuto.

—Ejem-ejem.

Los padres se sentaban en ambos extremos de la mesa, los hijos a los lados. Las chicas frente a la ventana, los chicos frente a la habitación: Constance y Hanna, Emmet y Dan.

El fuego crepitaba en la chimenea y el sol brillaba de vez en cuando, de manera que, cada cinco minutos, se asaban por partida doble.

Dan dijo:

—He vuelto a hablar con el padre Fawl.

Casi estaban en abril. Había lloviznado. La luz clara multiplicaba el reflejo de las gotas en el cristal de la ventana mientras, en el exterior, las hojas nuevas se rebatían contra las ramas empapadas.

En el interior, su madre aferraba un pañuelo de papel con la mano. Se lo llevó a la frente.

—Oh, no —dijo, girando la cara.

Se veían las zanahorias en el interior de la boca.

—Dice que os debo preguntar de nuevo. Que es difícil para aquellos que no cuentan con el apoyo de su familia. Para mí es una decisión trascendental y dice que debo pedirlos, que debo rogaros que no antepongáis vuestros propios sentimientos y preocupaciones.

Dan habló como si estuvieran a solas. O habló como si estuvieran en un salón de actos. Pero aquello era una comida familiar y no se parecía a nada de eso. Se notaba que a su madre le habían entrado ganas de levantarse de la mesa pero que se estaba conteniendo.

—Dice que debo implorar vuestro perdón por la vida que habíais deseado para mí y los nietos que nunca tendréis.

Emmet resopló sobre el plato. Dan apretó las manos sobre el mantel antes de asestarle una colleja rápida y enérgica a su hermano menor. Su madre contuvo el aliento, como un caballo que se dispusiera a saltar un foso, pero Emmet evitó el golpe y, después de un largo segundo, su madre volvió en sí. Bajó la cabeza, como si quisiera ganar velocidad. Comenzó a emitir un gemido, tenue e inarticulado. El sonido, además de causarle sorpresa, debió de complacerla, porque lo repitió. El siguiente gemido fue suave y prolongado, con un bisbiseo antes de la cadencia final.

—Oh, Dios —dijo.

Echó hacia atrás la cabeza y parpadeó mirando al techo, una vez, otra.

—Oh, Dios mío.

Las lágrimas comenzaron a surcarle las sienes una encima de otra, hasta el nacimiento del pelo: una, dos, tres,

cuatro. Se quedó así un momento, mientras los hijos observaban y fingían no hacerlo, a la vez que su marido carraspeaba en silencio.

—Ejem-ejem.

La madre levantó las manos y agitó las muñecas para remangarse. Se secó la humedad de las mejillas con la palma y, con los dedos, deformes y huesudos, se atusó el pelo, que siempre llevaba recogido en un moño. Luego se enderezó y se quedó mirando a la nada con gran atención. Cogió el tenedor y ensartó un trozo de beicon que se llevó a la boca, pero el roce de la carne con la lengua fue su perdición: el tenedor cayó al plato y el beicon se desprendió. Puso los labios como si fuera a llorar —unidos hacia la mitad y abiertos a ambos lados—, lo que Dan llamaba el modo «bocaza de rana», luego inspiró ruidosamente y exclamó:

—Aaag-aaahh. Aaag-aaahh.

A Hanna le pareció que su madre tendría que haber dejado de comer o que, si aún tenía hambre, podía haberse llevado el plato a otra habitación para llorar a sus anchas, aunque claramente esto no se le había ocurrido a la interesada, que continuó sentada, comiendo y llorando al mismo tiempo.

Mucho llorar, poco comer. El pañuelo trabajó sin descanso y acabó hecho jirones. Era espantoso. El dolor era espantoso. Su madre se estremecía y escupía, se le caían tropezones de zanahoria de la boca que iban formando montoncitos.

Constance, la mayor, ordenó con un gesto al resto de hermanos que dispusieran platos y tazas ante su madre, mientras que ella continuaba babeando, de una manera u otra, sobre la comida.

—Oh, mami —dijo Constance, inclinándose hacia ella y rodeándola con el brazo, antes de retirarle el plato con

discreción.

Dan era el primer varón, por eso le correspondía cortar la tarta de manzana, cosa que se dispuso a hacer, paleta de plata en mano, a contraluz ante la ventana.

—Conmigo no cuentas —dijo su padre, que había estado jugueteando tímidamente con el asa de su taza. Se levantó y salió de la habitación. Dan dijo:

—Entonces somos cinco. ¿Cómo voy a cortarla en cinco trozos?

Había seis Madigan. El número cinco era una novedad, pensó mientras trazaba una cruz en el aire con la paleta y luego la giraba dieciocho grados a la derecha. Se había inaugurado un nuevo ciclo de relaciones familiares. Lo nunca visto. Como si pudiera existir un número indeterminado de Madigan y, aguardando en el mundo exterior, un número indefinido de tartas de manzana.

Mientras escarbaba en el postre con una cucharilla, el llanto de su madre se convirtió en una extraña serie de hipidos entrecortados (fuuu, fuuu, fuuu). Los chicos también encontraron consuelo en el hojaldre y en el dulzor con aroma a madera de las manzanas del otoño anterior. Aun así, ese domingo nadie tomó la tarta con helado, ni nadie lo solicitó, aunque todos sabían que quedaba un poco: estaba en un rincón del congelador, en la esquina superior derecha de la nevera.

Después de aquello, su madre se marchó a la cama y Constance tuvo que quedarse en casa en lugar de regresar a Dublín en autobús. Estaba furiosa con Dan: empezó a lavar los platos sin ningún miramiento mientras él subía a su habitación a leer sus libros y su madre se acostaba tras la puerta cerrada. El lunes, su padre fue a Boolavaun y regresó a casa por la noche, sin manifestar ninguna opinión.